

mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales
N° 48 Segundo Semestre de 2000

HUMANIDADES

El querer como inquirir en la obra de Cervantes (Una constelación semántica), <i>José Ricardo Morales</i>	9
Amor sobre ruedas, <i>Susana Münich</i>	21
Transgresión y violencia sexual en Marta Brunet, <i>Bernardita Llanos Mardones</i>	29
Delia Domínguez: De la angustia a la esperanza, <i>Ana María Cuneo</i>	39
Carta de lluvia desde el desierto para Jorge Teillier, <i>Juan Pablo Riveros</i>	53
"Historia de arroz con habichuelas" o el carnaval de Ana Lydia Vega, <i>María Inés Zaldívar</i>	57
Bosquejo de una ética para inmortales, <i>Eduardo Sabrovsky</i>	67
Dos estudios sobre Juan Emar, <i>Pablo Catalán</i>	81
Un ¿posible? canon de la poesía chilena de las generaciones del 50 al 80 para el (des) informado lector, <i>Thomas Harris</i>	139
Joaquín Edwards Bello una vez más (Entrevista a Alfonso Calderón), <i>Salvador Benadava</i>	165

CIENCIAS SOCIALES

América Latina, modernización y crisis oligárquica (1880-1930), <i>Patricio Quiroga</i>	183
El gobierno de Guillermo E. Billinghurst (1912-1914). Anuncio del populismo peruano, <i>Osmar Gonzales</i>	195
Electores, sufragio y democracia en Chile, <i>Ricardo Nazer A.</i> y <i>Jaime Rosemblit B.</i>	215
Historia e historiografía colonial. Temas y debates del pasado, significaciones del presente, <i>Eduardo Cavieres F.</i>	229
Vanguardia, heterodoxia y búsqueda generacional: la revista <i>Claridad</i> , 1920-1923, <i>Fabio Moraga Valle</i>	243

A propósito de Balmaceda y la Guerra Civil de 1891, <i>Manuel Vicuña</i>	267
Pensamiento conservador revolucionario y violencia extrema desde el Estado de Chile, 1973-1989, <i>Luis A. Corvalán M.</i>	275
Las Fuerzas Armadas de Chile y la integración social. Una mirada histórica, <i>Verónica Valdivia Ortiz de Zárate</i>	295
Feliú Cruz: el magisterio de la historia, <i>Sergio Villalobos R.</i>	313
La Oficina del Trabajo (1907-1924), <i>Juan Carlos Yáñez A.</i>	325

TESTIMONIOS

Presentación del libro: <i>Tierra, indio, mujer. Pensamiento social de Gabriela Mistral</i> de Lorena Figueroa, Keiko Silva y Patricia Vargas, <i>Sonia Montecino</i>	337
Presentación del libro: <i>Una palomita en mi palomar</i> , <i>José Weinstein</i>	343
Mario Milanca Guzmán (1948-1999) Poemas	347
Homenaje a Jorge Edwards en la Academia Chilena de la Lengua, <i>Adriana Valdés</i>	353

COMENTARIOS DE LIBROS

Armando de Ramón, Biografías de chilenos, 1876-1973 , <i>René Millar C.</i>	361
Alberto Garrido, El muro de las lamentaciones , <i>Ewald Weitzdörfer</i>	366
Francisco J. Alcalde P., Los fuegos sumergidos , <i>Manuel Peña M.</i>	367
Varios autores, Texto y Poder. Políticas del Sentido. Et-Cetera. N° 3 , <i>Breno Onetto</i>	368
Teresa Calderón, Aplausos para la memoria , <i>Miguel Arteché</i>	372
Sergio Grez y Gabriel Salazar (comp.), Manifiesto de historiadores , <i>Lucía Brienza</i>	374

TERESA CALDERÓN, *Aplausos para la memoria*, Santiago de Chile, RIL Editores, 1999.

En primer lugar, la foto de la solapa del libro. Teresa Calderón surge, súbitamente, de la sombra, mitad luz del rostro, mitad penumbra. La Techí, como la llamaban sus compañeras de las monjas. "Permanecía largo tiempo mirando un punto fijo, boca abierta. Hablaba poco y se ponía roja. Le gustaba leer adelante parecía siempre triste (...) Llegó a la quinta preparatoria, venía de La Serena y decía "Shansho". La madre Isabel comentaba que así decían la "ch" en la Serena, que ella también venía del norte. Pero ya había aprendido a decir "chancho". -Diga Chancho, Teresa. -Shansho. -Chancho, repita. "Shansho". Teresa Calderón aplaude a la memoria, una manera bastante interesante de aplaudir o de recordar la memoria que viene, en este caso, de Sicilia, y ya se sabe lo que son los sicilianos y las sicilianas. Digo que es una manera inteligente de aplaudir, por eso de que uno nunca sabe cómo va a terminar; es decir, si va o no a terminar sin reconocer siquiera su propia pluma fuente. Es bueno, entonces, que aplaudamos a la memoria.

Si yo viajo a 1958 y llego a La Serena, veo que Teresa está absolutamente pequeña. Estoy en casa de Alfonso y Lila, y Techí tiene tres años. El rector del liceo me ha invitado no sé si a dar una conferencia o a leer unos poemas. Me alojan en un vasto y frío cuarto del liceo. Después, no antes, Teresa crece; tiene cuarenta y tantos años. Pero atención: el tiempo no pasa, el tiempo está quieto. Eso de que el tiempo pasa es una patraña. Los que pasamos somos nosotros. Pasan los tiempos de Teresa, mi tiempo, el de ustedes que me leen. O sea, hay más tiempos que una red de virutilla. Digo todo esto, que no es ninguna novedad, porque Teresa en su libro nos habla del *big bang*, "ese caldo de materia informe -dice ella- hirviendo a una temperatura inimaginable de miles y miles de millones de grados". Así se inicia su libro, y sostiene que antes no había nada. Pero la pregunta que yo hago, ahora, es: si antes no había nada, ¿qué había antes del antes? Es la pregunta que Teresa se hace al comenzar sus aplausos. "Nadie puede asegurar a la poetisa -afirma- que antes no hubiese habido nada". Teresa olvida que después del *big bang* puede venir el *big crunch*. El Universo puede contraerse como una ostra regada por un limón. Es decir, después del gran estampido, la gran masticada. Esto es como jugar al tenis con el Universo. El problema es que no vamos a verlo, ni el gran estallido ni la gran contracción.

Después de mandarse la parte con el gran estallido, Teresa se pone metafísica y asegura que "no sabemos si tú eres yo/ o yo soy tú con otro nombre". Con estas palabras certifica que el gran teatro del mundo es pura utilería. No cabe la menor duda, si tomamos en cuenta una elección política.

Teresa Calderón es la vagabunda por los sueños, según uno de sus poemas.

Este libro es, en el fondo, un diario, no sólo por las personas, objetos y situaciones que aparecen allí y han rodeado a Teresa. El poema se transforma en poema-cuento o cuento-poema. Sobre todo en los últimos textos, los que preceden a la página 43 y ella misma llama "Anuario de 1972", que son sus años de colegio, donde "las bolsas se rompen y salen migas de pan para encontrar el camino de regreso". Y un diario es, después de todo, un camino de regreso al pasado, un pasado que es siempre presente y en alguna medida futuro. Un diario a la manera de Teresa Calderón y no a la manera de Alfonso Calderón, que no es memorialista como dicen algunos papanatas, porque memorialista es "el que se dedica a escribir por cuenta ajena memoriales u otros documentos". En ese tiempo en que no había sido expulsada del paraíso, porque paraíso son "aquellos años en la capilla grande, donde según las internas, penaban, y una monja muerta se aparecía en los atardeceres". Cuando comulgaban no "hubiera sido de señoritas andar mordiéndole el cuerpo a Jesucristo, un brazo, una pierna, la otra mejilla". Era el tiempo en que todo le causaba risa: "los moños de las profesoras, las carteras de las profesoras, las piernas de las profesoras". Era este espacio mágico donde "todo nos hacía felices, dichosa edad dorada cuando una alumna se subía el uniforme para incomodar al padre Sebastián, llamado el ovni, 'objeto varonil nuevo identificadísimo'". Ese espacio memorable que se invoca con la nostalgia de los versos de Manrique: "¿dónde están mis amigas? ¿Dónde se metieron esos años? ¿En qué vericuetos del tiempo estamos todavía, muertas de la risa, abiertas a la vida completa por delante para que todo se vuelva a repetir?".

Con lo cual regresamos al universo del eterno retorno, aunque siempre nos quedará la gran ausencia, la gran desaparición. Cómo expresa una pequeña sobrina de Teresa, con cita que abre el libro: "Así es la vida: unos nacen y otros se mueren". Dice "unos nacen, no se nacen".

Como en este minicuento-poema que se llama "En medio de la nada" que cito para terminar:

"Resplandecía en medio de la noche. Sólo carretera y soledad extendidas a lo largo, como un camino hacia ninguna parte.

Un centauro, pensé, cuando lo vi.

Hacia arriba se iluminaba su alargado torso de joven fosforescente. El contraste era evidente con su pelo corto y demasiado negro.

Veo ahora un frágil pálido y desnudo que relumbra desde la cintura hacia arriba. Hacia arriba se oscurece la chatarra en que ha quedado convertido. Mitad humano, mitad automóvil. Amasijo de vidrios y metales retorcidos se mezclan con su sangre y su carne y su piel que nacieron de mi sangre y mi carne y mi piel.

-Parece un ángel -pensé.

-Pero no soy un ángel -me dijo- Soy tu hijo muerto".

MIGUEL ARTECHE